

El trabajo social ante los efectos de la crisis económica.

Hacia un nuevo modelo de intervención

Josep Moya Ollé¹

Resumen

La denominada crisis económica está provocando efectos devastadores en la población general pero también en los profesionales, tanto de salud como de los servicios sociales básicos. Pero para poder comprender mejor estos efectos es preciso analizar las características del modelo social en el que se produce. Se trata de un modelo social neoliberal que ha inducido la aparición de un nuevo sujeto: el sujeto neoliberal. Este sujeto, además, vive sometido a un ideal de felicidad marcado por la idea del tener y acumular objetos diversos y, a la vez, alejarse de todas aquellas manifestaciones del dolor. Por todo ello, los profesionales del trabajo social se encuentran ante no sólo una crisis económica, sino también ante una ciudadanía que reclama unos derechos concebidos a partir de unos ideales neoliberales. En este artículo se propone un retorno a los orígenes del trabajo social reivindicando la escucha, el vínculo y el acompañamiento.

Palabras clave: Crisis, hiperconsumo, neoliberalismo, nuevo modelo de intervención.

Para citar el artículo: MOYA OLLÉ, Josep. El trabajo social ante los efectos de la crisis económica. Hacia un nuevo modelo de intervención. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, diciembre 2013, nº 200, páginas 36-45. ISSN 0212-7210.

¹ Psiquiatra y psicoanalista. Coordinador Observatorio de Salud Mental de Catalunya. Servei de Salut Mental del Parc Taulí (Sabadell). jmoya@tauli.cat

Abstract

The so-called economic crisis is causing devastating effects on general population but also on health professionals and basic social services' professionals. In order to better understand these effects it is necessary to analyze the characteristics of the current social model. Neoliberal social model has led the emergence of a new subject: the neoliberal subject. This subject lives according to an ideal of happiness linked to the idea of having and accumulating different objects, and of getting away from all pain manifestations. Hence, social workers are facing not only an economic crisis but a citizenship claiming for certain rights conceived from neoliberal ideals. This paper proposes a return to Social Work origins vindicating listening, relations and support.

Key words: Crisis, overconsumption, neoliberalism, new intervention model.

1. La crisis económica

En la gran recesión que empezó en 2008, millones de personas en Estados Unidos y en todo el mundo perdieron sus empleos y sus hogares. Muchos otros sufrieron –y sufren– la angustia y el miedo de que les pudiera pasar lo mismo, y casi todos los que habían ahorrado dinero para su jubilación o para la educación de sus hijos vieron como aquellas inversiones disminuían hasta reducirse a una fracción de su valor. Estas palabras, escritas por el gran economista Joseph Stiglitz (STIGLITZ, 2010), sitúan con precisión los efectos que la llamada crisis económica, desencadenada en la primera década del siglo XXI, provocó y está provocando en amplios sectores de la población. Como es conocido por todos, la crisis se desencadenó con la caída de Lehman Brothers, el banco de inversión norteamericano fundado en 1850 por unos emigrantes alemanes. Con un récord pasivo de 613.000 millones de dólares, al caer el gigante financiero le

siguió una crisis de confianza en el crédito interbancario y un efecto dominó de impagos y depreciaciones que, según muchos analistas, contribuyó de manera decisiva al desarrollo de la crisis actual. Así, se desmoronaron Bear Stearns, Merrill Lynch, Goldman Sachs y Morgan Stanley. Toda la cadena de funcionamiento del aparato financiero se colapsó. Y, a raíz de todo este desastre, ya nadie puede dudar de que los mercados no son capaces de regularse por sí mismos.

Es una crisis multidimensional que ha provocado y sigue provocando graves consecuencias sobre el bienestar y calidad de vida de diferentes grupos poblacionales y, al mismo tiempo, ha desmenuzado las ilusiones –vanas– y las promesas hechas por los gurús del neoliberalismo.

Como es conocido, uno de los efectos más graves que está provocando la crisis es el paro, especialmente grave en el caso de España, donde ya está llegando al 27% de la población activa y que afecta de manera especial a la población joven, sector que pre-

senta un 52% de paro en los menores de 25 años.

Ahora bien, la circunstancia de no tener trabajo, por haberlo perdido o bien por no haber podido acceder a un primer puesto de trabajo, no sólo tiene consecuencias económicas, sino, y no es banal, psicológicas/psicopatológicas. Esto es así ya que tener un trabajo permite disponer de un lugar en la sociedad, otorga la necesaria autoestima para poder funcionar como miembro de un grupo, desarrollando unas funciones y realizando unas actividades que a la vez sean reconocidas y valoradas por los demás (BUENDIA, 2010). De aquí se deriva que, a menudo, la persona que no tiene trabajo se sienta angustiada ante las dificultades para afrontar las cargas económicas, el coste de la vida; pero también triste, desesperanzada y, sobre todo, rechazada y excluida del grupo social del que formaba parte. El estudio que está realizando el OSAMCAT en colaboración con la Universidad de Barcelona y la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria muestra de manera clara los efectos devastadores del impacto psicológico del desempleo. Uno de los efectos más graves es el de los comportamientos suicidas y el de los relatos centrados en el deseo de desaparecer.

Pero los efectos psicológicos de esta crisis no se pueden entender sin hacer referencia a dos aspectos muy relevantes: el modelo social actual y el sujeto neoliberal.

■ **Los efectos psicológicos de esta crisis no se pueden entender sin hacer referencia a dos aspectos muy relevantes: el modelo social actual y el sujeto neoliberal.**

2. Modelo social

El modelo social sobre el que está incidiendo dramáticamente la crisis ha sido definido como la sociedad del hiperconsumo (LIPOVETSKY, 2007). Este autor, en su libro *La felicidad paradójica*, publicado en 2007, unos meses antes del estallido de la crisis, explica que la base de la economía de consumo se encuentra en una nueva filosofía comercial, una estrategia que rompe con las actitudes del pasado y según la cual el beneficio no vendrá dado por un aumento de los precios sino por su reducción. De lo que se trata es de poner los productos al alcance de la mayor parte de la población: la era moderna del consumo conlleva un proyecto de democratización del acceso a los bienes comerciales.

Pero para que esto sea posible es preciso implantar unos ideales que sostengan las expectativas de las grandes empresas. De este modo, aumentar el PIB y elevar el nivel de vida de todo el mundo se presenta como un deber inexcusable y toda una sociedad se moviliza en torno al proyecto de conseguir una cotidianidad cómoda y fácil, que es sinónimo de felicidad.

Se entra así en una época en la que el consumo se organiza cada día un poco más en función de objetivos, gustos y criterios individuales. Y los ideales que empiezan a condicionar y estar presentes en la vida de los individuos se basan, principalmente, en poder construir de una manera individualizada el propio estilo de vida y el uso del tiempo, acelerar las operaciones de la vida corriente, aumentar la capacidad de relacionarse, prolongar la duración de la vida, corregir las imperfecciones del cuerpo. Lipovetsky se pregunta qué seduce en los

nuevos objetos de consumo-comunicación (ordenador, fax, internet, teléfono móvil, microondas...) si no su capacidad para abrir nuevos espacios de independencia personal y aligerar la densidad del espacio-tiempo.

Y, en este contexto, la medicalización del consumo ocupa un espacio muy importante. Así, la cirugía estética, las fecundaciones *in vitro*, el consumo de psicotrópicos, entre otros, son unos exponentes que indican la dirección de nuestro modelo social: absolutamente medicalizado. No debe sorprender la tendencia, cada vez más feroz, a psiquiatrizarse todo tipo de malestares emocionales y considerarlos trastornos mentales, como se podrá comprobar en la próxima edición del DSM V.

Esta tendencia medicalizadora configura un ideal en el que el individuo afirma el principio de soberanía personal sobre el cuerpo y sobre la mente, de tal manera que confía su suerte a la acción de sustancias que le modifican los estados psicológicos desde el exterior, sin análisis ni ningún trabajo subjetivo.

Pero este ideal de soberanía personal sobre el cuerpo y la mente forma parte de un ideal jerárquicamente superior, el deber de la felicidad que Pascal Bruckner estudió en su libro *La euforia perpetua*, publicado en 2000 (BRUCKNER, 2000). Se trata, siguiendo a este autor, de una ideología que lleva a evaluarlo todo desde el punto de vista del placer y del displacer. Es un deber al que todo el mundo se debe entregar, ya sea en forma química, espiritual, psicológica, informática o religiosa.

Pero, he aquí que, como Lipovetsky nos explica en un texto posterior, *La sociedad de la decepción*, de 2008 (LIPOVETSKY, 2008), cuando se promete la felicidad a todos y se

anuncian placeres en cada esquina, la vida cotidiana es una dura prueba. Cuanto más aumentan las exigencias de mayor bienestar y una vida mejor, más grandes son las arterias de la frustración. Es así como nos encontramos en las culturas de la ansiedad, la frustración o el desengaño. La sociedad hipermoderna se caracteriza por la multiplicación y alta frecuencia de las decepciones, tanto en el aspecto público como en el privado. El mismo autor advierte que al buscar la felicidad cada vez más lejos, al exigir siempre más, el individuo queda indefenso ante los sinsabores del presente y ante los sueños que no se han cumplido.

3.El sujeto neoliberal

El otro punto a considerar para poder comprender mejor los efectos de la crisis es que el entorno actual en el que se desarrolla es el del neoliberalismo, entendido no sólo como una ideología o una política económica sino básicamente como una racionalidad que tiende a estructurar y a organizar, no sólo la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados. La racionalidad neoliberal tiene como característica principal la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación (LAVAL y DARDOT, 2013). Estos autores afirman:

“El neoliberalismo se puede definir como el conjunto de los discursos, de las prácticas, de los dispositivos que determinan un nuevo modo de Gobierno de los hombres Según el principio universal de la competencia” (LAVAL y DARDOT, 2013, pág. 15).

Y, más adelante:

“El neoliberalismo lleva a cabo una extensión de la lógica del mercado mucho más allá de las estrictas fronteras del mercado, especialmente produciendo una subjetividad “contable” mediante el procedimiento de hacer competir sistemáticamente a los individuos entre sí” (LAVAL y DARDOT, 2013, pág. 21).

Los mismos autores señalan que la racionalidad neoliberal produce un nuevo tipo de sujeto basado en la competición y el rendimiento. El empresario de sí mismo es un ser hecho para triunfar, para ganar. El sujeto neoliberal es producido por el dispositivo “rendimiento/goce”. Ya no se trata de hacer lo que se sabe hacer y consumir aquello de lo que se tiene necesidad, sino que lo que se requiere del nuevo sujeto es que produzca cada vez más y disfrute cada vez más. En definitiva, que esté conectado con un plus de goce que ya se ha convertido en sistémico.

Pero esto tiene unos efectos en el campo de la clínica mental: las clínicas del neosujeto. Estas derivan de un hecho crucial: el sujeto neoliberal sitúa su verdad en el veredicto del éxito, y esta verdad queda identificada con el rendimiento, tal y como éste es definido por el poder gerencial. El culto al rendimiento conduce a la mayor parte de los individuos a experimentar insuficiencia y a sufrir formas de depresión a gran escala. Es en este marco que la depresión aparece como el reverso del rendimiento, como una respuesta del sujeto a la obligación de realizar y de ser responsable de sí mismo, de superarse cada vez más en la aventura empresarial. La clínica mental nos confirma, día a día, que los pacientes con síntomas depresivos se presentan, mayoritariamente, con un discurso que tiene un núcleo constante: la depresión es la diferencia existente entre sus ideales —de éxito

personal— y la realidad, vivida como fracaso y humillación.

4. Los malestares psíquicos de la crisis

Resulta casi una obviedad que la situación de crisis económica produce un incremento del malestar psíquico y que, en consecuencia, cabe esperar un aumento de las consultas tanto en los dispositivos de salud como en los de salud mental, pero también en los dispositivos de servicios sociales. En un estudio que estamos realizando desde el Observatorio de Salud Mental de Cataluña, y que actualmente se encuentra en su segunda fase (a punto de finalizarla) se detecta el esperado aumento de consultas y también cuáles son los malestares y síntomas más citados, tanto por los profesionales como por las personas afectadas. Se trata, básicamente, de la percepción que tienen muchas personas de haber perdido el control sobre sus vidas, es decir, que independientemente de lo que hagan, su futuro no se modificará. Se trata de un sentimiento de impotencia, de desesperanza, de tirar la toalla. Y, junto a ello, la aparición de ideas de suicidio, de morir, de desaparecer. Así, algunos de los usuarios de servicios sociales nos cuentan de querrían acostarse y no despertar, o bien sufrir un episodio de taquicardia y morir, o bien tener un tumor cerebral y dejar de pensar. Y, en efecto, lo que manifiestan muchas de las personas afectadas es el deseo de no pensar, de no despertar y tener que decidir qué hacer para salir de la situación de pobreza, en casos extrema, en la que se encuentran.

Angustia y tristeza son los afectos emergentes en el momento actual. La primera

nace en la incertidumbre de un peligro temido, mientras que el dolor es la certeza de un mal que ya ha ocurrido. En consecuencia, la angustia aparece en el período previo a la posible pérdida del puesto de trabajo y/o del hogar, mientras que el dolor vinculado a la tristeza aparece una vez ya se tiene la certeza de lo que se ha perdido.

Angustiados y desesperanzados, que no deprimidos, ya que la depresión es un término que se refiere a un estado afectivo patológico, son los estados emocionales que manifiestan las víctimas de la crisis, pero no solo eso, sino también la ira ante la corrupción y los escándalos financieros que nos muestran la verdadera naturaleza de lo que está sucediendo.

Cito alguno de los fragmentos de los grupos focales de usuarios de servicios sociales:

Usuario 1: Esto influye en todo, yo por ejemplo ahora me siento como un inútil, y vayas donde vayas te toman como un marginado de la sociedad. Estuve trabajando 35 años y ahora te toman como una basura, y eso te hace sentir bastante mal, y más teniendo familia, que llegas a casa y tienes que cambiar de cara porque si no te lo tienes que comer. Vayas donde vayas ya ni te cogen los currículums y te dicen “no, si lo vamos a tirar a la basura” y eso fastidia mucho.

Tengo 35 años cotizados y total no me van a servir de nada. Así es que más vale que cuando te jubilen te peguen un tiro porque sabes que no vas a cobrar después nada. Y eso es jodido luchar siempre y que luego te tomen como una mierda. Vayas donde vayas se te quedan mirando con unas caras tremendas...pero bueno...qué vamos a hacer...

Usuaría 2: Y claro, por mucho que no quieras sentirte inútil si tardas mucho en el

tiempo estás allí a punto de llegar a decir “es que no sirvo, de que me ha servido formarme y trabajar”, y por mucho que luches y por mucho que vayas a muchos lugares y en muchas entidades yo no recibo ayuda, yo ya hace tiempo que no recibo ninguna ayuda económica, mucho tiempo. Y las hipotecas se tienen que pagar, y tienes que comer, como dice ella (otra usuaria). Entonces es muy bonita la teoría, pero la práctica no es así. Yo he estudiado psicología, es muy dura la situación, incluso nos hemos planteado que irse fuera, buscar ya las últimas salidas, pero buscar fuera también es complicado porque mi marido no habla idiomas. Entonces vas buscando salidas pero no vienen.

5. Culpas versus Responsabilidades

Si buscamos en el diccionario el significado de *culpa* encontraremos que “El concepto de culpa penal es semejante al de culpa civil: en ambos casos la culpa se define por una omisión de la conducta debida para prevenir y evitar el daño. Se manifiesta por la imprudencia, negligencia, impericia o inobservancia de reglamentos o deberes”. Dicho esto nos podemos plantear la pregunta sobre culpas y responsabilidades de la crisis actual. No es una cuestión banal, ya que, como muestra el análisis de los relatos de las personas en situación de paro, a menudo aparecen preguntas del tipo: ¿Qué he hecho mal? ¿En qué nos hemos equivocado? ¿Qué será de nuestros hijos? Preguntas que se plantean desde la culpa y que son potenciadas por determinados discursos políticos, según los cuales son los ciudadanos los culpables de no poder pagar las hipotecas ya que no

calcularon bien los riesgos; ellos estiraron más el brazo que la manga; ellos quisieron vivir por encima de sus posibilidades, etc. Pero, además, la clínica nos muestra cómo los discursos de la culpa han entrado en las familias y provocan dolorosos enfrentamientos y acusaciones: “Todo lo que ganabas te lo gastabas, no varas ahorrar y ahora no podemos ni comprar para comer. Tú tienes la culpa de lo que nos está pasando”. Este tipo de reproches se puede escuchar en las consultas de salud mental y constituye un testimonio claro de cómo una parte considerable de la ciudadanía ha interiorizado dicho discurso político y ha asumido las culpas por lo que le está sucediendo. Pero, ¿es así? ¿Los culpables son los ciudadanos que no hicieron bien los números? ¿O que no se formaron bien y por eso no tienen acceso a los puestos de trabajo? Y, cuando toman una decisión trágica y se suicidan, ¿es debido a que sufren un trastorno mental y, por tanto, la culpa de todo es individual?

Vemos, pues, que algunos ciudadanos se sitúan en la línea de culpabilidad individual señalada por el discurso político neoliberal, pero en una dirección totalmente opuesta se sitúan aquellos que consideran que los culpables de la crisis actual son determinados grupos de presión, empresas o individuos sin escrúpulos, que, desde la comodidad de sus lujosos despachos, pulsaron un botón y, automáticamente, transfirieron elevadas cantidades de dinero de un lugar a otro del planeta. En medio de las dos posiciones hay otras que, como José Manuel Busqueta, economista nacido en 1973, es decir, el año de la gran crisis del petróleo, que considera que hay que tener presente que si señalamos a todos aquellos como los causantes de la situación económica actual lo que estaremos

haciendo es señalar a los ejecutores de las acciones políticas que nos han llevado donde estamos, pero no estaremos analizando las causas verdaderas que llevan aquellos agentes a actuar la manera que lo hacen (Busquets, 2013). Para este autor, que sigue una línea de pensamiento marxista, es necesario rasgar e ir más allá de los objetos, las empresas y las instituciones y ver qué se esconde detrás de ellas y de su comportamiento.

Personalmente estoy bastante de acuerdo con este autor en tanto que hace un planteamiento nada maniqueísta y centra sus argumentos en las lógicas de funcionamiento del capitalismo. No obstante, pienso que hay que diferenciar entre lógica capitalista, de un lado, y ejecutores del otro. Es decir, estamos de acuerdo en que hay que analizar los efectos propios del discurso capitalista y neoliberal, pero también hay que tener presente que hay unos actores que toman decisiones y que pueden comportar la desgracia para miles o millones de personas. Iñigo Barrón de Arniches, un analista del papel de la banca española en esta crisis, señala en un libro publicado en 2012 (DE BARRON ARNICHEs, 2012) que buena parte de las cajas, creadas hace siglos por órdenes religiosas para ayudar a los más desfavorecidos, perdieron el norte y vendieron su alma al dinero fácil. En lugar de los pobres, prefirieron la compañía de los nuevos ricos del ladrillo y perdieron sus señales de origen (pág. 12). El mismo autor añade, unas páginas más adelante, que nadie detuvo el festival por el temor de frenar el crecimiento económico, y cuando llegó la crisis no se abordó el problema, en la creencia, errónea, que sería breve y la recuperación europea arreglaría por sí misma los agujeros originados por las entidades financieras.

Está claro que el capitalismo tiene su lógica y sus efectos, pero también que hay unos ejecutores que son los directamente culpables de la caída. Como también lo son todos aquellos que deciden cerrar una fábrica y trasladarlo a un país donde los salarios son más bajos y los trabajadores tienen unas condiciones laborales muy precarias. Peor aún, las trasladan a países en los que el colectivo de trabajadores son niños explotados.

Pero, ¿qué pasa con las responsabilidades?

Para abordar esta cuestión es preciso definir el término “responsabilidad”. La responsabilidad es la obligación de responder ciertos actos o errores; es hacerse cargo de las consecuencias de nuestros actos. Pero, he aquí que, siguiendo a un autor de nuestra casa, Manuel Cruz, profesor de la Universidad de Barcelona, vivimos tiempos en los que los individuos están cada vez menos confrontados con su responsabilidad. Este autor explica que ya no importa lo comprometerse física o afectivamente en nada para discurrir o decidir personalmente sobre cualquier hecho. Parece ser que este es el signo de los tiempos: cada vez resulta más difícil imputar nada a nadie. Pero, al mismo tiempo, suele haber un acuerdo en que los males que se provocan deben ser reparados (CRUZ, 1999).

En efecto, parece que cada vez es más difícil pedir responsabilidades; cuando se produce un desastre ecológico o un accidente ferroviario o una bajada de una empresa o, como vemos día a día, cuando se descubre que un personaje público recibía un sobresueldo de manera ilegal, resulta extremadamente difícil delimitar responsabilidades y los discursos que aparecen se centran en culpabilizar a los demás, nunca uno mismo.

Es en este marco que hay que preguntarse cuáles son las responsabilidades de los ciudadanos, individuo por individuo, en la génesis de la crisis actual. Si antes hemos hablado de culpables ahora debemos referirnos a los responsables. ¿Y de qué somos todos responsables, uno por uno?

■ **Esta es la tesis atrevida que propongo: somos responsables de consentir. Somos responsables de aceptar las reglas del discurso neoliberal, de identificarnos con el sujeto empresario de sí mismo, de vincular nuestro éxito personal al éxito de la empresa.**

Pues, y esta es la tesis atrevida que propongo: somos responsables de consentir. Somos responsables de aceptar las reglas del discurso neoliberal, de identificarnos con el sujeto empresario de sí mismo, de vincular nuestro éxito personal al éxito de la empresa. Otro autor, Hans Magnus Enzensberger, nos propone en *Perspectivas de guerra civil*, hacer frente a la retórica que sistemáticamente exculpa al criminal traspasando la responsabilidad al hogar, a la dureza del padre o a su debilidad, al exceso de amor, o la falta de amor, a la antiautoritarismo de sus profesores o bien a la sociedad de consumo o los malos ejemplos audiovisuales, esto como todo el conjunto de contradictorias justificaciones para exonerar a la persona del compromiso ante su propia vida (ENZENSBERGER, 1994). Es preciso recuperar la dignidad, la identidad y la responsabilidad para poder encontrar la salida —ética— a los males y desastres de la crisis actual. Y es en este marco

que se hace conveniente volver a los orígenes del trabajo social.

6. Un nuevo modelo de intervención

Ante toda esta problemática debemos plantear la siguiente pregunta: ¿Qué papel pueden tener y desarrollar las trabajadoras y los trabajadores sociales? Y habría que añadir: en un contexto social y económico precario, que condiciona y limita cada vez más los recursos y las intervenciones que se pueden hacer desde los servicios sociales.

Durante los años de bonanza económica, el modelo de intervención se basaba, predominantemente, en atender las demandas y las peticiones de los usuarios, muchos de ellos con unos perfiles marcados por la exclusión social y la marginalidad. Se hablaba de familias desestructuradas, de enfermos mentales de larga duración y afectados por enfermedades graves, como la esquizofrenia o el trastorno delirante crónico. También se hablaba de inmigrantes con escasos recursos personales y culturales. A estos ciudadanos, que se acercaban solicitando, a menudo, ayudas económicas, se les podía otorgar tickets que les permitieran hacer frente a los gastos indispensables para sobrevivir. Se trataba de un modelo tramitador, como señaló Mercè Ginesta en un excelente artículo publicado en esta misma revista (“Reflexiones sobre el trabajo social en los servicios sociales básicos”, 2011).

No obstante, el actual momento de la crisis económica está afectando a las propias administraciones, y los recortes han llegado al ámbito social. En este contexto, los trabajadores sociales, como gestores de las prestaciones y como la cara visible del siste-

■ **En este contexto, los trabajadores sociales, como gestores de las prestaciones y como la cara visible del sistema público de servicios sociales, se encuentran con un problema comunicativo, ya que el discurso y la práctica de la Administración competente no coinciden.**

ma público de servicios sociales, se encuentran con un problema comunicativo, ya que el discurso y la práctica de la Administración competente no coinciden. Esto tiene consecuencias tanto para los que piden ayudas como para los profesionales que deben gestionar. En el caso de los primeros, la principal consecuencia es la desconfianza en el recurso, punto que queda recogido en el estudio del Observatorio de Salud Mental. En el caso de los segundos, la consecuencia es el sentimiento de impotencia y de frustración. ¿Qué hacer para encontrar una salida digna?

Mercè Ginesta nos habla de la oportunidad de recuperar algunos de los elementos esenciales y diferenciales de la profesión, tan añorados en los últimos tiempos: la escucha, el vínculo, la relación, el acompañamiento. En efecto, escuchar los malestares, potenciar los vínculos entre profesionales y usuarios y entre estos mismos, ayudar a las personas que lo han perdido todo o casi todo a que recuperen la dignidad de ciudadanos (muy afectada, a menudo, por el sentimiento de culpa) y acompañarlos en todo el proceso –largo– de recuperación de la capacidad de iniciativa. Alguien ha dicho, y yo estoy totalmente de acuerdo, que el trabajo social es la mejor herramienta de prevención en el campo de la salud mental.

Bibliografía

- BRUCKNER, Pascal. *La enfora perpetua*. Barcelona: Tusquets, 2000. ISBN 84-8310-739-2.
- BUENDIA, José. *El impacto psicológico del desempleo*. Murcia: Editum, 2010. ISBN 978-84-8371-941-4.
- BUSQUETA, Josep Manel. *L'hora dels voltors*. Lleida: El Junc, 2013. ISBN 978-84-938705-1-5.
- CRUZ, Manuel. *Hacerse cargo*. Barcelona: Paidós, 1999. ISBN 84-493-0712-0.
- DE BARRON ARNICHEs, Iñigo. *El hundimiento de la banca*. Madrid: Catarata, 2012. ISBN 978-84-8319-769-1.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus. *Perspectivas de guerra civil*. Barcelona: Anagrama, 1994. ISBN 84-339-1380-8.
- GINESTA i RUIZ, Mercè. *Reflexions sobre el treball social als serveis socials bàsics*. 124. Barcelona: Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, 2011. ISSN 0212-7210.
- LAVAL, Christian i DARDOT, Pierre. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa, 2013. ISBN 978-84-9784-744-5.
- LIPOVETSKY, Gilles. *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama, 2007. ISBN 978-84-339-6266-9.
- LIPOVETSKY, Gilles. *La sociedad de la decepción*. Barcelona: Anagrama, 2008. ISBN 978-84-339-6276-8.
- STIGLITZ, Joseph. *Caída Libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Madrid: Taurus, 2010. ISBN 9788430607839.